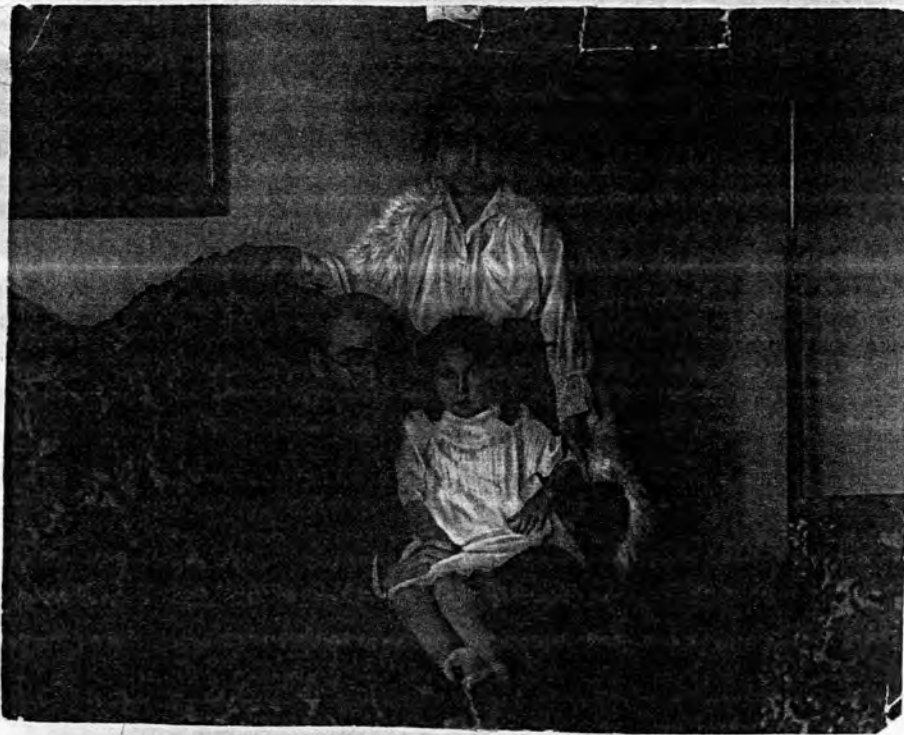


## Apuntes para una biografía de Josefina Blanco



Josefina Blanco y Ramón del Valle-Inclán, con su hija mayor, María Concepción.

Josefina Blanco Tejerina ocupó un lugar destacado en la escena teatral española de finales del XIX y comienzos del XX.

El año exacto de su venida al mundo en la ciudad de León varía según las fuentes disponibles, pero el que parece más exacto es el de 1878, aunque hay también quien habla del inmediatamente posterior.

Ella misma contribuyó a la confusión cuando en julio de 1929 le fue expedido el pasaporte en el cual había consignado como fecha de nacimiento el año de 1883.

De acuerdo con Estefanía Fernández García, en su familia hubo antecedentes teatrales.

Su padre, Pedro Blanco, era un actor aficionado muy conocido en la capital leonesa que también participaba en actuaciones musicales o acompañaba a las empresas teatrales que hacían parada en la citada capital.

Otro familiar, Benito Blanco, era profesor, actor, periodista aficionado, masón y partidario a ultranza de la enseñanza laica y los postulados librepensadores.

Es conocido el parentesco entre Josefina Blanco y la actriz Concha Suárez, de quien era sobrina, que la introdujo en la fa-

rándula desde muy niña, pues ya en 1886 la encontramos en plena gira en las ciudades de Cádiz y Barcelona.

A lo largo de su vida trabajó con diversas compañías como la de Miguel Cepillo, Emilio Mario, Francisco García Ortega, María Guerrero, Carmen Cobeña, Matilde Moreno y Emilio Thuiller.

Conoció a su futuro marido, el escritor Ramón del Valle-Inclán, en el domicilio de María Tubau y Ceferino Palencia. Juntos actuaron en noviembre de 1898 en la obra de Jacinto Benavente *La comida de las fieras* y, pocos meses más tarde, en enero de 1899, subieron juntos a las tablas del Teatro de la Comedia la adaptación de una obra de Alfonso Daudet, *Los reyes en el destierro*, que había realizado Alejandro Sawa, a quien tuvo el gusto de conocer durante los ensayos, relación que mantuvo hasta la muerte del escritor y durante más tiempo aún con su mujer, Juana Poirier.

Blanco y Valle volvieron a encontrarse en diciembre de ese mismo año con motivo de la representación de la obra de Valle-Inclán *Cenizas*, que subió a escena el grupo Teatro Artístico en un programa que incluía la comedia en un acto de Benavente, *Despe-*

*dida cruel*, con el pío objetivo de recaudar fondos para la adquisición de un brazo artificial para el escritor gallego que, pocos meses antes, había sufrido la amputación de su extremidad superior izquierda tras el bastonazo que le mandó Manuel Bueno.

De don Jacinto representó Josefina Blanco otras obras como *Teatro feminista*, *Cuento de amor*, *Despedida cruel* y *La gata de angora*, y su carrera artística recibió un espaldarazo en 1902 con *Alma y vida*, de Benito Pérez Galdós, representada en el Teatro Español por la compañía de Matilde Moreno y Emilio Thuiller.

Poco a poco se iba asentando como actriz. Sus dotes no habían pasado desapercibidas tanto para la crítica como para las gentes del teatro, no en vano María Guerrero se había referido a ella ya en 1894 como la gran promesa de un teatro español que se desperezaba de la modorra para abrirse a los nuevos moldes artísticos que anunciaban los escritores jóvenes más o menos vanguardistas, en especial Benavente.

Josefina Blanco había superado ese año una fase en su quehacer artístico, pues ya no era la "nena" a la que había aludido en alguna ocasión María Guerrero, ni tampoco se había dejado encasillar en los papeles de "ingenua", que bordaba de forma magistral.

Pese a su cuerpo menudo, aparecía ante los ojos del público, la crítica y los autores como una gran promesa del arte de Talía.

El goteo de alabanzas y buenas críticas era permanente en la prensa de gran circulación cada vez que encarnaba un nuevo papel, e incluso publicaciones escoradas a la izquierda, especializadas en la información de tipo literario, sociológico y artístico, como *La Revista Blanca*, que patrocinaban en Madrid una pareja de anarquistas catalanes, Teresa Mañé y Juan Montseny, no le regateaban elogios.

El crítico teatral de la citada publicación, Ángel Cunillera, que en realidad ocultaba tras ese nombre a Juan Montseny/Federico Urales, destacó su papel en la obra de Ángel Guimerá *La pecadora*, estrenada en el Teatro Español en febrero de 1903, y, años después, Urales recordará los incidentes que rodearon el frustrado estreno de una de sus obras, *Amémonos*, que apareció

tiembre de 1903 como parte del repertorio de la compañía del Teatro Español, es decir, la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, para esa temporada.

Contraerá matrimonio el día 24 de agosto de 1907 en la madrileña iglesia de San Sebastián. Su primer domicilio es un piso del número 9 de la calle Francisco de Rojas, donde vivió Valle su soltería en compañía del pintor Ángel Zarraga, y cuyos sótanos, al menos en parte, tenía alquilados como almacén de libros.

La estancia que describe el escritor Ramón Pérez de Ayala en su obra *Troteras y danzaderas* era, en opinión de Carlos del Valle-Inclán Blanco, casi idéntica a la que después disfrutarían en la calle Santa Engracia, decorada con cuadros de Aurelio García Lesmes, Antonio Robles y algún aguafuerte de Ricardo Baroja.

La carrera de Josefina Blanco, que estaba a punto de convertirse en una gran dama de la escena española y cuya fama había subido como la espuma durante aquellos años, pródiga en alabanzas de la crítica, se truncó tras matrimoniar con el ex-mozo modernista y el posterior nacimiento de su primogénita María de la Concepción complicó aún más su trabajo.

Pese a ello, Jurado de la Parra, en su libro *Los del teatro*, editado en Madrid en 1908, le dedica un pequeño poema:

*Genial, viva, inteligente,  
No hay cual la Blanquito, dos.  
Con su arte, modestamente, dio  
triumfos a Benavente  
Y laureles a Galdós.*

Mientras languidece momentáneamente la estela de Josefina Blanco, su marido resplandece en ámbitos cada vez más

amplios. Reeditó las *Sonatas* y sacó de las prensas, entre otras, *Águila de blasón*, *Romance de lobos*, *El yermo de las almas* y *Los cruzados de la causa*, un ramillete variado de registros artísticos. Rubén Darío había regresado a Madrid para ponerse al frente de la legación de Nicaragua y retomó la amistad con el matrimonio que, al mismo tiempo, seguía en relaciones con la mujer de Alejandro Sawa, como testimonian cartas y tarjetas conservadas en diferentes archivos.

Tendremos que esperar hasta 1910 para encontrar noticias del regreso de la actriz a las tablas. Será con motivo del viaje realizado a varios países latinoamericanos al calor de las fiestas con-



Josefina Blanco y Ramona del Valle-Inclán Montenegro, hermana de Ramón. Tras ellos, Prudencio Otero Sánchez y Valle-Inclán. ¿1918? ¿1924?

memorativas de la independencia de la República Argentina, enrolados en la compañía de Francisco García Ortega.

Gustavo Caraballo, redactor del periódico bonaerense *La Nación*, les visitó en Buenos Aires mientras permanecieron alojados en el Hotel Madrid. Él recuerda a la actriz como "una bella mujer, muy pequeña, de ojos rasgados y boca sensual".

Vicente A. Salaverri, corresponsal de la revista *Bohemia* de Montevideo, también se pasó por las habitaciones del establecimiento hotelero tras el estreno en Buenos Aires de *Cuento de abril*, con el que Josefina Blanco alcanzó un sonado éxito y Valle el reconocimiento como autor y director artístico de la compañía.

Todavía tenemos un tercer testimonio de su estancia en la capital argentina. Ventura Chumillas se acercó al hotel y encontró a Valle jugando con su primogénita, Concha. Su aspecto había mudado mucho desde que le conociera en Madrid al regreso de su primer viaje a México, en unas jornadas que califica como "días amargos de escasez y apuros", y, en lo tocante al ideario político, el escritor gallego se manifestaba vehementemente partidario de la comunión tradicionalista y devoto de don Jaime de Borbón.

Durante esta gira americana, Josefina Blanco abandona la compañía de Matilde Moreno y Francisco García Ortega y pasa a la de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza con la que regresará a España vía Lisboa, puerto al que arriba a comienzos del mes de diciembre. Tras pasar unos días entre Vigo, Pontevedra y la localidad natal de su esposo, Vilanova de Arousa, regresan a Madrid el día 13 desde Pontevedra y cinco

días después encontramos a la actriz subida al escenario del Teatro de la Princesa representando el papel de Albertino en la obra de Eduardo Marquina *En Flandes se ha puesto el sol*.

En 1912 se retira de las tablas coincidiendo con el traslado de la familia a Galicia, que se instala primero en Viloxoán de Arousa, e Cambados —donde fallece su primer hijo varón— y después en A Pobra do Caramuñas donde los desventurados progenitores buscaron mejor acomodo a su pena. En la banda norte de la Ría de Arousa vivirán varios años entre A Mercé, un caserón situado a las afueras de la villa que hoy se encuentra en pleno abandono, y una casa de la calle San Roque, en la misma Pobra. En ambos domicilios nacerán sus hijos Carlos, Mariquiña, Jaime y Ana María.

Para una mujer como Josefina Blanco, el retiro, o el casi destierro forzado en tierras gallegas, no debió resultar de su agrado, máxime cuando en numerosas ocasiones hubo de hacerse cargo ella sola de la familia, pues su marido pasaba largas temporadas en Madrid, ocupándose de sus asuntos editoriales o impartiendo docencia como profesor de la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, o de viaje por Francia, Bélgica y México, aun-

que renunció a asistir a la capital de Perú en diciembre de 1923 con motivo de los festejos de Ayacucho.

Durante aquellos años en Galicia, Josefina Blanco conoció a dos familias muy unidas a su marido, Díaz de Rábago y Pérez Artime, cuya amistad mantuvo hasta su muerte. Las cartas conservadas, tanto las que han visto la luz como aquellas que permanecen en la sombra, demuestran hasta qué punto la amistad es un tesoro incuantificable.

En 1917 concede dos entrevistas que ha rescatado la profesora Sandra Domínguez Carreiro, sin duda la mejor conocedora de la vida de Josefina Blanco; una a Margarita Nelken, publicada en el periódico madrileño *El Día*, en la que declara su preferencia por dos obras de su esposo, *Romance de lobos* y *La Marquesa Rosalinda*, aunque reconoce que ni el público ni los actores sabían apreciar el repertorio de su marido, e informa que ella era "corrector de pruebas" de las obras de Valle-Inclán, amén de declararse persona muy religiosa.

La segunda entrevista apareció en el tomo I del libro *Confesiones de artistas*, publicado en 1917, y cuya autora es la escritora Carmen de Burgos, *Colombine*.

De acuerdo con Juan Antonio Hormigón, regresa a los escenarios madrileños del Teatro de la Princesa en mayo de 1918, interpretando el papel de la Marquesa de Denia en la obra de Benito Pérez Galdós *Santa Juana de Castilla* con la compañía de Margarita Xirgu.

En 1926, participará en los experimentos teatrales de *El cántaro roto* y *El mirlo blanco*, y

se dará de alta en el Lyceum Club de Madrid.

Llegará el año de 1932 y con él el pleito de divorcio.

Cada uno por su lado; él, con Carlos, Jaime y Mariquiña; ella, con la pequeña Ana María, pues la hija mayor había contraído matrimonio con el profesor Jerónimo Toledano Cañamaque a finales de 1929.

Naturalmente, buscó retomar su antigua profesión en un mundo que había cambiado de manera radical durante aquellos años. Tal vez no era ya su momento. Quizá sus dotes estaban pasadas de moda y su manera de actuar, mohosa. Me recuerda un poco esta situación a la que describe Fernando Fernán Gómez en su película *El viaje a ninguna parte*.

Sin embargo, su antiguo amigo, el empresario teatral Tirso Escudero, le abrió las puertas de su compañía en el Teatro de la Comedia, donde trabajará hasta el comienzo de la guerra civil. Antes, el ocho de octubre de 1932, la *Gaceta de Madrid* publicó su nombramiento como profesora numeraria de declamación práctica del Conservatorio de Madrid.

En octubre y noviembre de 1935 todavía coleaba el asunto del divorcio y sus efectos colaterales, de acuerdo con las dos cartas

“La carrera de Josefina Blanco, que estaba a punto de convertirse en una gran dama de la escena española y cuya fama había subido como la espuma durante aquellos años, pródiga en alabanzas de la crítica, se truncó tras matrimoniar con el ex-mozo modernista”



que Valle-Inclán remitió a Santos Martínez Saura desde Compostela, ciudad a la que había llegado en marzo de 1935 para ponerse en manos de los doctores Villar Iglesias y su hijo Villar Blanco, los únicos que cuidaron de su salud hasta su fallecimiento en enero de 1936, y cuya amistad fue prenda de la mejor flor.

Abrigaba el enfermo la esperanza de ganar “el pleito de divorcio” que se iba a ver en los tribunales madrileños el 14 de diciembre, porque le resultaba imposible cumplir con la asignación de 2.500 pesetas mensuales destinadas a la manutención de sus hijos. Deseaba información sobre ciertos “señores de la toga” con el objetivo de convencerles de “el absurdo de suponerme millonario”, aunque no confiaba mucho en las posibles gestiones que pudiera realizar él directamente o a través de sus amistades, porque atisbaba contra su persona cierta “malquerencia de las derechas” incrustadas en la judicatura.

En la segunda misiva, de 10 de noviembre, le confiesa a Santos Martínez su precario estado de salud y el disgusto que le había producido la muerte de su amigo Luis Bello; en relación con su pleito, escribe, “te diré que en efecto no se ventila la cuestión de alimentos de un modo directo, pero si lo gano, declarando culpable a la parte contraria, habré solucionado igualmente este asunto, por cuanto el cónyuge culpable no tiene derecho a alimentos”.

Una vez fallecido Ramón del Valle-Inclán, Josefina Blanco ejerció todos sus derechos legales para hacerse cargo, por un lado, de la custodia de sus hijos menores y, por otro, del legado de su marido.

Rechazó ofertas editoriales de todo punto inaceptables y bajoró la posibilidad de editar ella misma las obras completas de Ramón del Valle-Inclán con la ayuda de su antiguo amigo y valedor, Estanislao Pérez Artime, Tanis de la Riva, que, tras las elecciones de febrero de 1936, ostentaba la presidencia de la Diputación de A Coruña.

Precisamente unos días antes del triunfo de las candidaturas

del Frente Popular, saltó a las páginas de la prensa madrileña la polémica entre la viuda de Valle y los organizadores de un “homenaje popular” al escritor gallego que se iba a celebrar en el madrileño Teatro de la Zarzuela, que consistiría en la representación de una obra que nunca fue del agrado de Josefina Blanco, *Los cuernos de Don Friolera*.

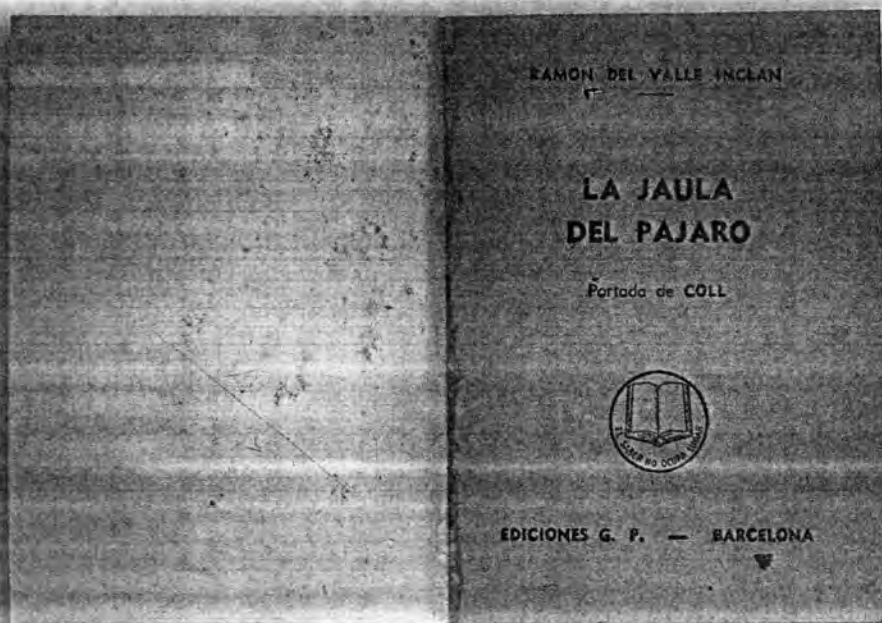
Ella quería impedir a toda costa que la compañía Nueva Escena diese vida a los personajes y recurrió, de la mano de su abogada Clara Campoamor, ante la Dirección General de Seguridad para prohibir la puesta en escena, y por sí misma a don Manuel Azaña, rogándole que no permitiese que su nombre figurase “en ese cartel de rapiña”. De nada valieron sus gestiones, pues la obra se representó finalmente aunque Azaña sí la escuchó y declinó su asistencia.

Antes de marzo de 1936, Josefina Blanco entregó a la redacción de *Ahora* el texto corregido por ella misma de *El Trueno Dorado*, “novela póstuma de Ramón del Valle-Inclán”, en la que de nuevo aparece un personaje de anteriores narraciones, el anarquista gaditano Fermín Salvochea, a quien conoció en la redacción del periódico republicano *El Progreso* cuando lo dirigía Alejandro Lerroux.

En mayo de ese mismo año dirigió una carta a Angelita, la esposa de Tanis de la Riva, para consultarle sobre la posibilidad de matricular a su hija Mariquiña en el compostelano Colegio das Orfas.

Mientras tanto, ella preparaba la edición de las obras completas de su marido con el editor Manuel Aguilar y, en paralelo, mantenía conversaciones con diversas instituciones gallegas y españolas; sin embargo todos sus proyectos se fueron al traste cuando comenzó la guerra civil y ella se quedó sin trabajo tras el cierre del Teatro de la Comedia.

Su familia estaba dividida: a sus hijos mayores, Concepción y Carlos, les había pillado el golpe de estado del General Francisco Franco en lo que inmediatamente se convirtió en la “Espa-



ña nacional”, mientras ella y el resto de su familia permanecieron en el bando leal.

El 23 de diciembre de 1937, se publicó en la *Gaceta de la República* que el Ministerio de Instrucción Pública le había concedido una subvención anual de 12.000 pesetas.

Vivía entonces en Barcelona. Una de las personas que de cuando en cuando la visitaba fue un amigo de su marido desde que alboreó su carrera literaria, Luis Ruiz Contreras, que según J. Raimundo Bartrés dijo:

“Acompañeme hasta el Majestic. A diario visito a la mujer de Valle-Inclán, Josefina Blanco... La pobre está más loca que una cabra. Se figuraba millonaria porque el Gobierno rojo le pasaba una pensión, y la Editorial Sopena le había prometido grandes negocios con las obras de su marido, y todo se ha convertido en agua de borrajas, hasta los billetes ful que cobró. Se encuentra sin una peseta, no abona la cuenta del hotel, y cualquier día, con todo y creerse la mujer de un genio, la echarán a ella y a sus hijos sin contemplaciones”.

Cuando remató la contienda, Josefina Blanco se instaló en Pontevedra. Aquella mujer menuda se convirtió en la mejor valedora de quien fuera su marido y lo hizo de la única manera que cabe cuando se habla de un escritor: editando sus obras.

Bien es cierto que eran las de un literato que se había declarado simpatizante del régimen republicano y había ocupado cargos de confianza durante los años inmediatamente anteriores a 1936, circunstancias que tal vez iluminen a algún estudioso sobre las dificultades que hubo de sortear la actriz también a la hora de recuperar los objetos que, por un lado, procedían de la última vivienda madrileña de Valle situada en la madrileña Plaza del Progreso, hoy de Tirso de Molina, piso que, por cierto, fue asaltado durante la guerra, y, por otro, de aquello que hubiera podido dejar en su último destino, la Academia de España en Roma.

Si, en general, las gentes de la farándula no gozaban de buena fama, imagínense ustedes lo que sería para una actriz divorciada

de un escritor simpatizante de la República vivir aquel ambiente pontevedrés.

Pasaba los días retirada y discretamente, primero en el desaparecido Hotel Engracia, en la calle Andrés Muruais, y más tarde en el primer piso del número 56 de la calle Peregrina.

El 16 de septiembre de 1939 escribió una carta a Pedro Laín, jefe del Departamento de Ediciones y Publicaciones del Servicio Nacional de Propaganda del Ministerio del Interior, para tratar diferentes asuntos editoriales y éste le respondió el día 27 comunicándole que “tan pronto como se vendan los depósitos de libros incautados en Barcelona, se descontará el tanto por ciento habitual para derechos de autor, y le será entregado”.

El 13 de enero de 1940 solicitó autorización al Ministerio de Industria y Comercio para ejercer como “editor de sus propias obras” y ese mismo año la editorial Sopena puso en las librerías *Tirano Banderas* y *La corte de los milagros*. Al tiempo, mantuvo abiertos los canales de comunicación con otras casas editoriales, por ejemplo, Espasa, y personas vinculadas a ese mundo en el extranjero, como María de Maeztu, quien en 1941 le expone su deseo de editar en Argentina, de la mano de la editorial citada anteriormente, una antología de autores españoles del siglo XX.

Entre 1941 y 1944, si atendemos al colofón de *Luces de bohemia*, la Editorial Rúa Nueva sacó 21 tomos en la colección Ópera Omnia.

Claro que la cosa no era tan fácil y la larga mano de la censura estaba tan presente como los retratos del Generalísimo y José Antonio Primo de Rivera en las escuelas y oficinas del régimen.

En 1943, la Editorial Dédalo hubo de dar marcha atrás en su intención de poner en las librerías una edición de *Jardín umbrío*, libro altamente peligroso para la moral y las buenas costumbres como ustedes pueden comprobar si así lo desean, y sustituirlo por *La Marquesa Rosalinda*.

Si algo caracteriza a la censura franquista —el profesor Juan Rodríguez, de la Universitat Autònoma de Barcelona lo confir-

ma en sus estudios—, es el ejercicio caprichoso de sus funciones autorizando, tolerando o suspendiendo la edición de algunas obras. ¿A qué venía denegar a la Editorial Dédalo lo que se había autorizado un año antes para la Editorial Rúa Nueva?

En esas condiciones, llenas de ausencia de garantías civiles, pensar en editar las obras completas de su marido era un sueño irrealizable; convenía aguardar hasta que las obras de Valle-Inclán pudieran circular libremente en el mercado editorial que, lentamente, salía del caos en que se sumió tras la guerra civil. Y una vez despejado el panorama, o al menos levantada la primera niebla, escribió a dos buenos amigos suyos y de su marido, Azorín y Jacinto Benavente, que prepararon los prólogos para las obras completas que finalmente se imprimieron en la Tipografía Rivadeneyra en 1944.

Todavía en 1953 hubo sus más y sus menos con la censura, concretamente con la Dirección General de Propaganda del Ministerio de Información y Turismo, pues ese departamento, con don Florentino Pérez Embid a la cabeza, denegó en abril al editor Ruiz Castillo la preceptiva autorización para editar las cuatro *Sonatas* en un volumen y en edición de lujo, en un gesto que sólo cabe interpretar como fruto del capricho, pues desde 1940 hasta mediados de abril de 1953 se había contado con los permisos correspondientes y el visto bueno de los censores civiles y ensotados. Al año siguiente, Florentino Pérez Embid, que comandaba la Dirección General de Información, denegó la autorización para publicar *Femeninas* y *Baza de espadas*.

Con las editoriales Plenitud, Brugera, AHR, Espasa y Espasa Argentina firmó contratos como “administradora judicial” de las obras de Valle-Inclán; con su amigo Enrique de Rivas Cherif estuvo en tratos para estudiar la posibilidad de filmar en México —naturalmente— una adaptación cinematográfica de *Tirano Banderas*, y tuvo sus desacuerdos con su antiguo amigo, el escritor y diplomático mexicano Alfonso Reyes, al hilo de la publicación por parte de El Colegio de México de la obra de William L. Fichter *Publicaciones periodísticas de Don Ramón del Valle-Inclán anteriores a 1895*, título que ella impuso.

Unos años antes, en 1941, según la revista bonaerense *Galiccia*, Josefina y su hija mayor reclamaron la repatriación desde Argentina de María Beatriz del Valle-Inclán, Mariquiña. La intervención del cónsul español resultó un fiasco que además provocó una reacción en cadena de las autoridades políticas y judiciales que, tras imponer una multa al diplomático franquista, fallaron un año después en contra de la demanda al declarar mayor de edad a Mariquiña y, por lo tanto, libre de proceder como estimase oportuno a la hora de fijar su residencia.

En la ciudad del Lérez discurría su vida, tan sólo interrumpida por las visitas de amistades y familiares próximos. Entre las primeras se cuentan Lulú Vázquez, María Luisa Otero, María Luz Morales y Evaristo Vázquez Lescaille —que además era también su médico—, mientras que entre los segundos se encontraba una hermana del que fue su marido, María del Valle-Inclán Peña, que vivía en una casita de la calle Cobián Roffiñac, en un lugar conocido entonces como O Rouco, donde tenía algunas gallinas y una vaca que se empeñaba en coger las de Villadiego y salir escopeteada en dirección al río, al lugar de O Borrón.

Prudencio Landín Tobío, en el volumen III de su libro *De mi viejo carnet*, recuerda el feliz encuentro entre Josefina Blanco y el actor Enrique Borrás en el domicilio pontevedrés de las señoras Mendoza-Méndez Núñez con quienes, a título de curiosidad, se intercambiaba notas y cartas en francés, vayan ustedes a saber por qué, tal vez les parecía más fino tratar en ese idioma a una primera actriz del teatro español.

No le gustaba hacer declaraciones, ni mostrarse en la prensa. Tan sólo se conoce una entrevista publicada en el número 2 de la revista *La Estafeta Literaria* de 20 de mayo de 1944, firmada por José Filgueira, en la que declara su preferencia por las novelas de su difunto esposo, en especial por *Tirano Banderas*, y el poco aprecio que sentía hacia una obra de teatro en concreto, *Los cuernos de Don Friolera*, como quedó dicho anteriormente.

Los últimos años de su vida estuvieron marcados por el progresivo empeoramiento de una afección coronaria de la que era tratada por el médico compostelano Sánchez Harguindey, pero hubo tiempo material para que recibiese la visita de un periodista compostelano afincado en Barcelona. Se trataba de Álvaro Ruibal, que firmó muchos de sus artículos en *La Vanguardia* y otras publicaciones con el seudónimo “Ero”.

Josefina Blanco falleció en su piso de la calle Peregrina el 19 de noviembre de 1957. Había dispuesto ser enterrada en el cementerio de Cambados, junto a su hijo Joaquín, fallecido en 1914, y allí reposan sus restos, bajo los arcos de Santa Mariña de Dozo, cubierta por una bóveda celeste que, según los días, se ilumina o se torna gris.

Como su vida.

Javier del Valle-Inclán Alsina es catedrático de Economía Aplicada en la Universidad de Santiago de Compostela.

“En octubre y noviembre de 1935 todavía coleaba el asunto del divorcio y sus efectos colaterales, de acuerdo con las dos cartas que Valle-Inclán remitió a Santos Martínez Saura desde Compostela, ciudad a la que había llegado en marzo de 1935 para ponerse en manos de los doctores Villar Iglesias y su hijo Villar Blanco, los únicos que cuidaron de su salud hasta su fallecimiento en enero de 1936, y cuya amistad fue prenda de la mejor flor”